

# recuerdo de



Manuel Rodríguez, «Manolete», murió en Linares (Jaén) el día 28 de agosto de 1947, como consecuencia de las heridas que le produjo el toro «Islero», de la ganadería de Miura.

Dos años y medio antes, en la noche del 11 de diciembre de 1944, «Manolete» había sido homenajeado por los escritores y periodistas madrileños en el histórico restaurante «Lhardy», de la capital de España. A esta cena asistieron las más destacadas personalidades de la intelectualidad española. El diario «Arriba», de Madrid, dijo al día siguiente: «De verdadero acontecimiento literario puede calificarse el homenaje que los escritores y periodistas rindieron ayer al gran torero Manuel Rodríguez, «Manolete». El acto tuvo lugar en «Lhardy» y la cena fué de etiqueta. Rendían así las Letras españolas un homenaje solemne y justo a la figura del gran diestro, siguiendo de esta manera la gran tradición, que fué ya cumplida en su época por don Melchor Gaspar de Jovellanos y don Leandro Fernández de Moratín. El homenaje de ayer fué un magnífico acto de estilo y tono, en donde el ingenio y la emoción literaria tuvieron expresiones felicísimas».

En el primer aniversario de la muerte de «Manolete», MUNDO HISPANICO cree oportuno reproducir los poemas que Foxá, Alfaro, Marquerie y Adriano del Valle leyeron aquella noche, junto con dos artículos —de M. Rodríguez de Rivas y del citado Adriano del Valle— que reconstruyen y glosan aquella inolvidable reunión.



# MANOLETE

ALLI mismo, en donde el mármol de la chimenea se calienta en la sombra espesa, frente por frente de un espejo que, muy al fondo, copia cosas y seres, estuvo aquel día este hombre singular.

Este hombre que supo conllevar entonces la más difícil de las vecindades: la de los escritores.

La cena había sido convocada de etiqueta, y bajo la luz artificial él recibió una ovación así de inesperada.

Quedaba como un contrapunto para su gracia torera aquel largo aplauso traído por aquellos amigos vestidos de «smoking» bajo las lámparas del ya muy viejo restaurante.

Era difícil entender, desde su punto de vista, aquello.

En los demás, en nosotros, junto al deseo de homenaje había también la tentación de la curiosidad, del deseo de proximidad.

«Manolete» tenía misterio. Se ofrecía con ese hermetismo de hombres de pocas palabras pero en cuyos ojos expresivos el diálogo se encuentra colmado.

En tanto los demás nos presentamos vestidos de «smoking» él lo hizo con un traje «corto», traje campero de finca andaluza, que él, con una delgadez afinada, lleva con elegancia indudable. En su camisa caía —como en el siglo XVIII— el chorro del rizado. Sólo uno entre nosotros —«K. Hito», que después habría de escribir sobre la muerte del maestro— reunió de un golpe esto y aquello: esto, el «smoking»; aquello, esa camisa rizada.

Yo ayudé a colocar el orden de los puestos en la mesa.

Sobre la memoria galopaba el recuerdo de la jerarquía de algunos: éste, éste y éste y éste y éste, académicos... Aquél, ministro; este otro, ministro también... Aquél, presidente del Consejo de Estado. En todos coincidía la nota de escritor.

La mesa presidencial se ordenaba, se instalaba, se reinstalaba, se revisaba a medida que se presentaba alguien que ponía, con su categoría, el peligro del orden ya establecido. A descolocar con cuidado para con más cuidado volver a colocar.

Y en esta estrategia surgió la ofensa personal de un gran personaje que se creía mal sentado.

«Manolete» debiera contemplar todo esto como los elegidos: no estupefacto y sí sin enterarse. Realmente la vida de quien vive esta vida es no detenerse demasiado en su contemplación. No se puede ser protagonista y al mismo tiempo testigo —¡qué mediocridad!— o cronista —¡qué deleznable!...

Estaba erguido, silencioso y simpático con poco gesto. Expresivo sin concesiones.

Hablaban y hablaban. El callaba, pero atento. Empezaba ya en su corazón otro diálogo... Alguien, ese alguien terrible, arañaba ya por allí, tiraba ya desde allí..

Recuerdo que el acto se quiso llevar con línea y evitar al espontáneo. Como en una corrida de toros. Hablaron: Marquerie ajustado. Foxá enriquecido. José María Alfaro con buen sentido. José María Pemán tuvo su «gran tarde». Adriano del Valle colocó gravemente su verso, como llenando un redondel.

Apenas quedaban ya minutos. Se acercaba la hora del matador, la hora, la hora, la hora... El momento de la palabra en quien todo lo tenía que hacer sin ellas.

«Manolete» se puso en pie y balbuceó gracioso, contando como pudo: «Yo... confiaba... en unas cuartillas que iba a traerme escritas José Vicente Puente... mi amigo... que yo os había de leer como... mías... A José Vicente se le han olvidado y... yo... no sé lo que deciros...»

Y acabó en esto. En esto y enjugándose una lágrima con el puño de la manga.

Hay seres que tienen un ángel vigilante que les salvan en todo momento. Que Nuestra Señora de la Gracia les regala su intercesión.

Una ovación entera caía sobre el torero mientras que las pobres gentes quedábamos confusas y escuchando algo extraño en todo aquello que no sabíamos cómo traducir.

Estaba pasando un trozo muy palpitante de vida que habría que recordar y recordar.

